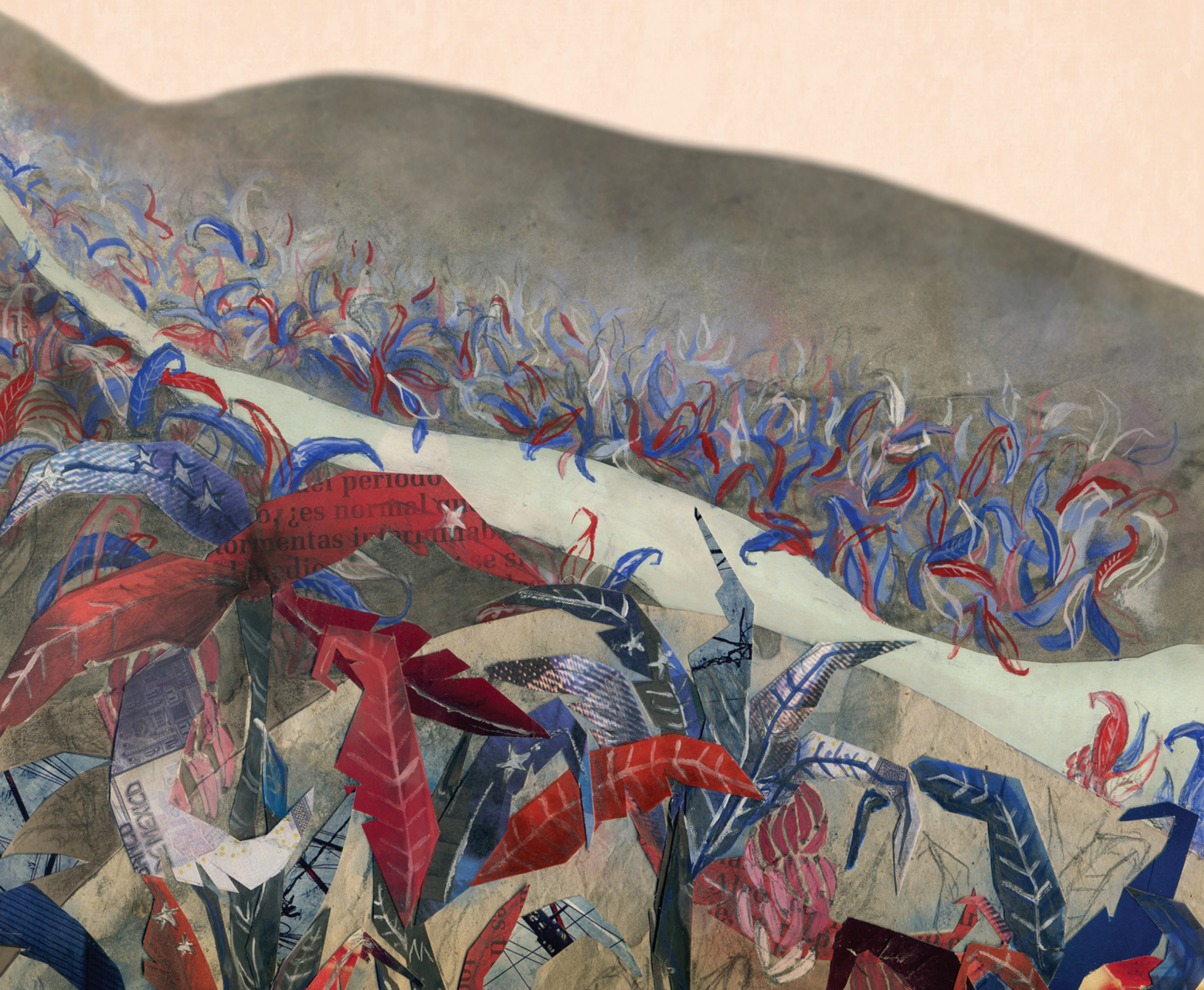
LORENZO TURRENT ROZAS

Jack



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Colección
Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

Coordinación y edición
Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Jack
D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D.F.

Diseño de la colección: Patricia Luna
Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 4550912102993279470

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

I. Cuando miro hacia mi infancia... 5

II. De tanto admirarlo y quererlo... 9

III. Si los encargados de la Istmo Fruit Company... 11

IV. ¿Por qué Jack permanecía trabajando... 15

V. Sin quererlo, estoy pensando en un Jack... 17

VI. ¿Quién, viajando en el ferrocarril del Istmo... 21

VII. Iba al río, también, en compañía de Jack... 23

VIII. A Jack le gustaban las cosas acabadas... 27

IX. Subíamos al puente... 29

X. Fue en aquel verano... 33

I

Cuando miro hacia mi infancia, siempre encuentro su figura corpulenta, esperando en el corredor de la casa, para marcharnos al río, de pesca. Por eso, muchas veces me ha tentado el deseo de anotar mis recuerdos sobre el tránsito de Jack, por las tierras del Istmo.

Tendría que referirme, primero, al lugar donde vivimos juntos. ¿Pero qué podré decir de ese pueblo, igual a todos los pueblos, parecido a todas las estaciones por donde pasa el ferrocarril del Istmo? Viejo, lento y polvoso ferrocarril: al verlo, nadie sabe si llegará a su destino o si desarticulará su gastado mecanismo, para tenderse definitivamente en el campo.

Entre los personajes más distinguidos de mi pueblo, figuraba aquel gran tinaco ventrudo encargado de alimentar al ferrocarril. En los mediodías, subido en su pequeña torre de ce-

mento destacaba como un sol. Era el perdido oasis de esos desiertos. Llegaban hasta él las locomotoras sedientas, arrastrando su enorme cola de carros polvosos, castigados por el duro sol del Istmo. El tinaco, entonces, bajaba orgullosamente su trompa metálica, descargando una catarata de agua clara y fresca, sobre el gusano de hierro mohoso que se había detenido a sus pies.

El tinaco era el ombligo del pueblo. A su derecha, estaba el hotel de los chinos. A su izquierda el río. Todo en una sola calle, ligeramente empinada, amplia. Por ahí pasaba el ferrocarril. A los lados, habían nacido aquellas casas de madera, tostadas por el sol, pintadas por el humo de las locomotoras. ¿Por qué no citar a las principales? Primero la que ostentaba el siguiente rótulo: CORREOS Y TELÉGRAFOS. Ahí me detenía continuamente. Después, la que se anunciaba así: ESCUELA. Por último, la casa donde vivíamos con Jack. Existían otras, posiblemente de mayor categoría, pero no me interesa recordarlas.

Al pueblo lo rodeaba el campo. Muy cerca, en la margen opuesta del río, esas manchas de arbustos grises, que brotan de la tierra reseca. Después, los grandes sembrados de plátano de la Istmo Fruit Company, avanzando su lienzo verde hasta el horizonte. Salía el sol, se ocultaba el sol, en esas enormes extensiones frutales.

II

De tanto admirarlo y quererlo, muy seguido me detenía ante el pequeño espejo de nuestra sala, buscando, exagerando mi parecido con Jack. Sí, tenía su misma mirada clara; pero el color de sus ojos era más claro, más auténtico, como recién lavado, parecido al de los cerros lejanos, después de la lluvia. En la mirada que estaba ahí, clavada en el espejo, había algo de la tierra del Istmo. También el color y el clima de esa tierra habían teñido, en mí, demasiado, el rubio de los cabellos y el blanco de la piel de Jack. En cambio, mis doce años prometían —no lo dudaba—, una estatura recia, fuerte, como la suya.

Existían otras diferencias entre nosotros. Me angustiaban, pero no podía combatirlas. Jack trabajaba constantemente, en los sembrados de la Istmo Fruit Company y en su casa. Asombraba su capacidad para el trabajo. En cambio,

yo, aunque físicamente tan parecido a él, estaba como marcado por la pereza del trópico donde había nacido. Faltaba a la escuela. Sobre todo por las tardes, cuando el calor nos abandonaba y una frescura indescriptible subía desde el río. Entonces me gustaba descansar en el corredor de la casa de Jack. Tendido en el piso de madera, contemplaba el cielo. Alguna nube se aventuraba por ahí, de improviso, para desaparecer después, como temiendo desvanecerse sobre el pueblo. Era divertido contemplar el regreso de los pájaros. Evolucionaban, por instantes. Luego, con una rapidez increíble, se desplomaban sobre las riberas del río. Pasaban también, de tarde en tarde, bandadas de loros alharaquientos. Me gritaban no sé qué cosas. Y se perdían después, verdes y veloces, en el horizonte.

III

Si los encargados de la Istmo Fruit Company lo hubieran querido como yo, posiblemente nuestra vida continuaría su curso normal, como el Coatzacoalcos, que sigue arrastrando, alegre, su enorme caudal de agua clara. Pero no fue así.

¿Por qué?

Desde luego, Jack no era de los suyos. Por lo demás, nunca he comprendido exactamente la vida de este hombre. ¿Por qué había venido a México, precisamente en los días de bonanza de la Unión Norteamericana, su país? Siempre se negó a dar el menor dato acerca de su pasado. ¿Era acaso un prófugo de la justicia? Nadie supo nada. Yo tampoco he podido averiguarlo. Sólo su conducta en la región del Istmo puede arrojar alguna luz sobre su personalidad.

A Jack le llegaba una correspondencia nutrida y constante de su país. La contestaba regu-

larmente. Además recibía distintos periódicos, editados en Norteamérica. Después del baño de la tarde, después de la cena, se instalaba ante una mesa de la sala, para leer, para escribir en su maquinilla portátil. Yo me quedaba con él. Encendía la lámpara de petróleo con pantalla verde. La luz dorada bañaba sus manos toscas, saltaba a su rostro ensimismado. Primero leía las cartas. Luego los periódicos, que iba anotando con un lápiz rojo, entre exclamaciones. Después sonaba el ruido peculiar de la maquinilla de escribir. Pasaban horas. El sueño me iba venciendo. De improviso despertaba sobresaltado. Era el estruendo del ferrocarril del Istmo.

Vagamente comprendía que toda esa correspondencia determinaba su conducta, en parte. He notado que no tenía buenas relaciones con los encargados de la Istmo Fruit Company. Es exacto. ¡Era tan distinto a ellos! Muchas veces los vi, y los veo todavía, en las calles del pueblo, en el hotel de los chinos, olorosos a tabaco dulce, hablando en su idioma, lejos, muy lejos de nosotros, a pesar de esa constante cercanía física. En cambio, Jack...

Jack pertenecía a los trabajadores mexicanos. Por eso lo odiaban, seguramente. Concurría al sindicato. Después he averiguado que él trabajó activamente en su fundación. Recuerdo que lo acompañé, muchas veces, a las sesiones. Iba regularmente los sábados, por la tarde. Intervenía, con éxito, en los debates. Más bien, esa intervención era solicitada. Hablaba en su mezcla de inglés y de español. Su pronunciación defectuosa hacía reír a la asamblea. Él reía también, sin darle mayor importancia a estos detalles.

Así supe de otros sindicatos, organizados en la zona petrolera, vecina a nuestro pueblo. Se tenía correspondencia con ellos. Se enviaban delegados, para ayudar en la resolución de diversos problemas. Jack desapareció muchas veces. Regresaba poseído de un gran optimismo.

Pero, a la vez, yo sentía el peligro que iba cercando a esa vida para mí tan preciada.

IV

¿Por qué Jack permanecía trabajando en la Istmo Fruit Company, si los propietarios, ostensiblemente, anhelaban su separación?

Yo anoto dos motivos esenciales. Despedirlo, equivaldría a provocar una tremenda agitación entre los trabajadores mexicanos. Pero, sobre todo, Jack resultaba indispensable, insustituible en su trabajo. Era algo así como el domador del fuego.

¿Habéis oído hablar de esos tremendos incendios que, en verano, azotan a los sembrados de plátano? Grandes extensiones frutales son consumidas en una sola noche por el fuego voraz, que alcanza a levantarse hasta las nubes. Cuando aparecía en los campos de la Istmo Fruit Company, sólo Jack, con los trabajadores mexicanos, era capaz de domeñar el elemento desencadenado.

Sucedía por la noche, en verano, cuando el calor crecía. Yo esperaba el regreso de los que luchaban contra el fuego. Cuando desaparecía la noche, lamida por las llamas, reaparecían ellos. Casi todo el pueblo con Jack a la cabeza, sonriente, triunfante. Entonces corría hacia él, me acercaba a su cuerpo, sucio por la faena gigantesca.

Algún trabajador exclamaba:

—¡Qué macho es el gringo!

Así le llamaban ellos.

V

Sin quererlo, estoy pensando en un Jack que no nos pertenecía a mi madre y a mí, sino, más bien, a los trabajadores mexicanos, cuando, en realidad, desearía fijar el perfil del Jack íntimo, nuestro.

Yo podría anotar otras cosas, por lo que respecta al Jack de los trabajadores. Pero sólo voy a detenerme en una: mi recuerdo sobre aquella asonada.

Nuestro pueblo, y toda la zona del Istmo, desde el puerto de Veracruz —más allá, creo— estaban en poder de los rebeldes. Reiteradamente se invitó a los trabajadores de la Istmo Fruit Company, para sumarse en la aventura, pero ellos permanecían a la expectativa. Secretamente sesionaban en la casa de Jack. Yo me deslicé, alguna vez, subrepticiamente, en una de esas reuniones. Hablaba él. Sostenía, de acuerdo con

los concurrentes, que la rebelión era contraria a los intereses de la clase trabajadora. Luego advirtieron mi presencia y me hicieron salir. Un día desaparecieron todos. Jack con ellos.

Estuvimos solos, mi madre y yo, por mucho tiempo. Los días corrían en la calle única del pueblo. La fanfarronería de los rebeldes iba creciendo. Una ostensible preocupación, un marcado desaliento los dominaba.

Aquella tarde se inició la desbandada. Algunos ocuparon el tren que permanecía inmóvil en la estación, y se marcharon hacia el sur. Otros ganaron el campo sencillamente. El pueblo quedó abandonado, absolutamente solo.

La noche aleteó en el campo, en el río. Y seguía aquella soledad imperturbable. Ninguna voz, ningún signo de vida. De improviso, el ruido inesperado de un largo tren militar. Acostado en el corredor de la casa de Jack, lo observé a mis anchas. Se detuvo por unos instantes, temeroso, para reanudar después su fuga apresurada. ¿Iría ahí, ya en plena derrota, el alto militar que encabezó la asonada? Días después vi su retrato en los periódicos, lamentablemente vencido, ante el pelotón de soldados que lo fusiló.

Recuerdo el despertar de esa noche sobresaltada. Ruido de trenes, disparos, vivas, llegaron hasta mí. Se comprendía que el pueblo estaba nuevamente en poder de los gobiernistas. Era así, en realidad. Porque, ya en pleno día, reapareció Jack, acompañado por algunos trabajadores, con su peculiar sonrisa. Casi no podía reconocerlo. Cubierto con un enorme sombrero de palma —con el sombrero de palma más mexicano que encontró—, la ropa llena de lodo, los zapatos destrozados. Entre las risas de todos, se adelantó para saludarme:

—¿Soy un rebelde mexicano?

Y pegándome con su sombrero polvoso, agregó:

—¿Eh, *boy*?

VI

¿Quién, viajando en el Ferrocarril del Istmo, al pasar por uno de los puentes que saltan sobre los ríos de esa región no ha querido detenerse? Allá abajo, en las aguas, existe una vida que desconoce el viajero de tierra alta. En el Coatzacoalcos, bajo el enorme puente contiguo a mi pueblo, está gran parte de mi infancia.

Nada he escrito acerca de mi madre. Pero es que, en este período de mi vida, la enorme figura de Jack ocupa todos mis recuerdos. Más tarde apareció ella. Sin embargo, mi madre me llevó al río por primera vez. Ella permanecía siempre en la casa de Jack, trabajando. Escasamente la abandonaba, aunque él se lo pidiera. Únicamente lo hacía con el objeto de ir al río, para nadar.

Los prejuicios que más tarde me han sorprendido en otros lugares, eran desconocidos por los habitantes del pueblo donde vivíamos y

por mi madre. Penetraba, desnuda, al agua cristalina y fugitiva. Recuerdo su hermoso torso de criolla, saliendo de las aguas como un lirio trigueño. Recuerdo su cabellera intensamente negra, sacudiéndose en el aire o flotando, como una mancha, en la superficie líquida. Pero sobre todo, su agilidad para nadar, para desplazarse en las aguas. Cerca de ella, otros habitantes del pueblo —mujeres, hombres, niños—, se bañaban también. Igualmente desnudos, tal como habían venido al mundo.

Cuando pasaba algún tren sobre el puente, muchos rostros curiosos, sorprendidos, asomaban. Pero los sorprendidos éramos nosotros, ante aquella curiosidad extraña, sucia.

VII

Iba al río, también, en compañía de Jack. Naturalmente, con él las cosas eran distintas. Yo me he referido a su enorme capacidad para el trabajo, pero nada he anotado de su obsesión por las cosas bien hechas, acabadas. El baño en el río lo obsesionaba, seguramente.

Era uno de los deportes que se permitía. Los domingos, naturalmente. Los domingos para nadar. Y nadaba toda la mañana, metido en su pintoresco traje de baño. Yo lo acompañaba algún rato. Salía después para contemplar sus evoluciones. Primero nadaba contra la corriente. (¿Acaso, en su vida, hizo otra cosa distinta?) Su deporte favorito era vencer los brazos de agua —fuertes, hinchados— conque el río pretende derribar al puente. Triunfaba. Luego se dejaba vencer, se entregaba a las aguas. Desaparecía de improviso, para reaparecer después, muy cerca de la orilla

opuesta. Agitaba los brazos, queriendo llamar mi atención. Oía su voz, lejana, distante:

—¡Eeeeeeeeey!

El eco de ese grito se multiplicaba muchas veces, antes de disolverse definitivamente, en los sembrados de la Istmo Fruit Company.

Era difícil acompañar a Jack cuando seguía el curso del río. Se dejaba arrastrar por las aguas. Pedro, uno de mis condiscípulos, y yo, corríamos por la ribera. Ahí estaba él, a nuestra vista. Flotando, semejaba un ahogado devuelto por las aguas. Pero he aquí que desaparecía. Espiábamos por todas partes. Corríamos entre los arbustos. Nada. Y de pronto su voz, allá lejos:

—¡Eeeeeeeeey!

¿Cómo había avanzado tanto? Sin embargo era así. Estaba de pie, en la orilla opuesta, riendo de nuestro asombro. Movía los brazos y nuevamente se lanzaba a las aguas.

Otra vez a seguirlo, otra vez a perderlo, a encontrarlo. ¿Cuánto tiempo duraba este juego? Resolvía regresar cuando el cansancio no le permitía nuevos esfuerzos. Entonces caminaba con nosotros, por la playa. Generalmente era a mediodía. Un inmenso silencio lo dominaba todo.

Nos sorprendía el aleteo fugaz de algún pájaro, sobresaltado por el ruido de nuestros pasos, o la aparición de una piragua, cabeceando en el río, con la figura familiar del remero. Agitaba en el aire el remo único, para hundirlo después a uno y otro lado de la embarcación.

VIII

A Jack le gustaban las cosas acabadas, perfectas. Por eso dedicaba los domingos al descanso fecundo.

Muchas veces, por la tarde, regresábamos al río. Jack había traído, ahora, su caña de pescar, que comprara en uno de sus viajes al centro del país, y cuyo mecanismo nunca pude comprender bien. De pie en la playa, movía constantemente esa rueda pegada a la caña, para arrojar el anzuelo, para recobrarlo, con el objeto de cerciorarse si todo marchaba bien. Después esperaba largo rato, sin impacientarse. En un instante, todo el complicado mecanismo que tenía en sus manos, adquiría una vida insospechada. El cordel que salía de la caña se ponía en movimiento. Corría por la orilla del río o se lanzaba hacia el centro. El rostro de Jack se iluminaba de entusiasmo. Toda su atención se fijaba en la caña y en la su-

perficie de las aguas. Éstas se rompían. Algo era arrojado desde el fondo del río. Algo plateado, que apenas podía verse por un instante, moviéndose en el aire, para caer después, ruidosamente, para hundirse. El hilo de la caña era estirado con más violencia. Jack iba dándole vueltas a la rueda, sabiamente. Recobraba el cordel o lo dejaba ir. La presa que al principio se agitaba furiosa, saltando en la superficie, hundiéndose, removiendo las aguas, iba perdiendo agilidad. Sus movimientos se hacían cada vez más torpes. Hasta que terminaba por entregarse. Entonces el mecanismo de la caña funcionaba a gran velocidad. El pescador arrastraba, hasta la playa, a ese enemigo desconocido con quien luchara. Lo dejaba tirado en la arena, asfixiándose, ante mi asombro. Y volvía nuevamente a la tarea.

IX

Subíamos al puente, cuando no teníamos éxito en el río. Pisando sobre los durmientes, viendo correr el río, allá abajo, ganábamos la orilla opuesta. Pedro y yo, como de costumbre, acompañábamos a Jack. Caminábamos al margen de la vía, cuya anchura se iba perdiendo a lo lejos, hasta convertirse en una sola línea que perforaba el horizonte.

Muchas veces nos apartábamos de la vía y, saltando los alambrados, penetrábamos a los sembrados de plátano. Era un sitio misterioso, sombreado, húmedo. Las matas de plátano crecían en largas hileras que se perdían a nuestra vista. Ahí estaban los grandes troncos, verdes y blandos, sosteniendo el abanico de las hojas enormes. De entre las hojas, desde la cúspide, caían los racimos de plátano, muchas veces de tamaño increíble, haciendo inclinarse a las matas, como para saludarnos.

Caminábamos bajo aquel túnel verde y sombroso. Nuestros pies se iban hundiendo en los surcos, cubiertos de hojas secas, muertas. Y he aquí que algo se movía, allá, muy cerca de nosotros. Se arrastraba con sorprendente agilidad. Desaparecía. Era una víbora, de las que siegan la vida de los trabajadores en plena jornada de trabajo.

Jack nos contaba, en su mezcla de inglés y español, acerca de la vida en los campos plataneros. Especialmente por lo que se refería a su trabajo. En verano, una chispa cualquiera, un cigarro encendido que se tirara descuidadamente sobre la hierba, bastaba para provocar aquellas catástrofes por él combatidas. Cuando el fuego prendía, era difícil apagarlo. Vorazmente avanzaba sobre aquel océano vegetal. Era necesario adelantarse a una distancia enorme y sacrificar extensiones considerables de los sembrados. Abrir grandes claros. Al llegar ahí, el fuego tenía que detenerse. Pero muchas veces lograba pasar por alguna parte, con tal precipitación, con tanto coraje, que no había tiempo para escapar. Entonces envolvía a los trabajadores con su manto de llamas.

Una tarde de domingo regresábamos, silenciosos y cansados, de una de esas excursiones. Seguíamos el curso de la vía. De pronto sonó un disparo y una bala fugaz pasó a la altura de la cabeza de Jack. Después oímos ruido de carreras en el platanar cercano.

Jack siguió caminando, inmutable. Al llegar al río, extendió uno de los brazos para señalarnos el edificio cercano a la playa. Ahí estaban las oficinas de la Istmo Fruit Company.

X

Fue en aquel verano que todo lo secaba con sus manos encendidas. A mediodía resultaba imposible permanecer en las casas. Los techos de zinc despedían un calor insoportable, como si una lluvia de fuego hubiera caído sobre ellos.

El río caudaloso, ancho, iba adelgazando con los días. Por la tarde, era un gran placer jugar en la playa, ahora tan crecida, o penetrar en las aguas que, en los sitios más profundos, no alcanzaban a cubrirnos. Jack reapareció entonces. Regresaba de uno de sus viajes al centro del país. Más sano, más infantil que nunca. Traía consigo una pequeña cámara fotográfica. Y lo retrataba todo: el pueblo, nuestra casa, el local del Sindicato, el río. En algunas de esas fotografías, yo exageraba, orgulloso, mi parecido con él.

Lo contemplaba en su nueva tarea. Sí, retrataba todo, como si se preparara para marcharse,

llevándose, en aquellas fotografías, la imagen de lo que había querido.

Pero entonces brotó aquel tremendo incendio en los sembrados de la Istmo Fruit Company. Al atardecer se veían las llamas enormes, ocultando el horizonte. Subían, llegaban hasta el cielo. Podía oírse el ruido trepidante del fuego, avanzando sobre los platanares. (Trac, traaac, trac.) Ruido angustioso que escuché toda la tarde y gran parte de aquella noche desesperada.

Llamaron a Jack desde el primer momento. Pretendí acompañarlo y se opuso. Desapareció con todos los trabajadores, con gran parte de los habitantes del pueblo. Los vi cuando corrían por el puente, en fila presurosa, cuando penetraban en los sembrados. En la orilla del río, mujeres humildes y niños le gritaban a la noche que llegaba.

No pude regresar a la casa de Jack. Permanecí en el Sindicato, esperando. De esa manera me sentía más cerca de él. Me inquietaba la insistencia, la terquedad de las llamas. Parecían decrecer, por instantes, para levantarse después con mayor violencia y energía.

¡Noche lamida por el fuego y por la angustia! Me dormí para ser presa de las pesadillas más absurdas. Y desperté cuando un nuevo día barruntaba en la calle única del pueblo. ¡Las llamas, otra vez las llamas! Menos temibles en esa hora, pero con la misma insistencia que desesperaba.

Algo me empujó hacia el río, hacia el puente. Por ahí venía un pequeño grupo de trabajadores, llevando una camilla improvisada. Y no lo dudé por un instante. ¡Era él!

Cuando depositaron la camilla en el local del Sindicato, pude ver su enorme cuerpo extendido, semicarbonizado. El trópico había triunfado sobre aquel organismo rubio, extraño, que audazmente vivía en sus dominios.

Rostros duros, rostros de piedra, tallados en el alba cenicienta, se acercaban para verlo. Se escuchaban palabras todavía más duras que esos rostros.

¿Todo había sido provocado por ellos, los que olían a tabaco dulce, los que estaban tan lejos de nosotros?

Casi no atendía a esas cosas. Exclusivamente me había fijado en aquella mano enorme, semicarbonizada, que resbalara hasta el suelo. La estreché en las mías. Alentaba, aún, con lentitud y torpeza increíbles, presa ya en las arenas movedizas de la muerte.

Con el día, rojo y nuevo, renacieron los gritos de las mujeres y los niños.

Un hilo invisible, pertinaz, iba estrechando mi garganta. Cuando la mano caída, semicarbonizada, dejó de moverse definitivamente y los rostros que me rodeaban aumentaron en número y en dureza, comprendí que Jack Henry, mi padre, había muerto.

Jack, de Lorenzo Turrent Rosas, se terminó de editar el 20 de abril de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.